

EL LIBRO DEL AÑO

CRÓNICA DE TRECE MESES

(DE LA CRISIS DE CUBA AL ASESINATO DE KENNEDY)

Por

EDUARDO HARO TECGLÉN

eduardo haro tecglen

**crónica de
trece meses**
de la crisis de cuba al asesinato de kennedy



EN LA FERIA DEL
LIBRO Y EN TODAS
LAS LIBRERIAS
DE ESPAÑA

Colección "EL MUNDO Y LOS HOMBRES"

Editorial "NOVA TERRA"-BARCELONA

TEATRO

la "adriá gual" en el nacional de cámara

RONDA de mort a Sineras constituye, sin duda, una de las más ricas y sugestivas experiencias del teatro español de los últimos años. Haberla traído a Madrid, superando los problemas idiomáticos —entrañables y tan nuestros, tratándose de una manifestación cultural catalana— es otro ejemplo de la salud que, tras larga y penosa ancianidad, tiene hoy el Nacional de Cámara y Ensayo.

En «Ronda de mort a Sineras» se dan muchos y hasta heterogéneos elementos que configuran su grandeza. Las raíces del hecho escénico se adentran en una larga vivencia colectiva y en un amor a Cataluña, de los que Salvador Espriu es un admirable y humanísimo portavoz. Todo el fervor, la contundencia, la pasión y el vigor de «Ronda de mort a Sineras» nacen de ahí, de esa espléndida dignificación del intérprete —tantas veces negada por el teatro cotidiano—, a quien se libera de su papel de instrumento mecánico para elevarlo a recreador escénico de algo que siente y en lo que cree. Probablemente es esta la primera y más honda razón de la grandeza de lo que vimos en el Beatriz.

Por otra parte, nos encontramos ante la culminación de una larga etapa de trabajo del director Ricardo Salvat en orden a la puesta en pie de espectáculos épicos españoles. Es decir de un teatro narrativo, compuesto de fragmentos diferenciados que se integran en un todo, y planteados críticamente al espectador. Conciliar la «distanciación» y la «pasión» era el secreto a voces del Berliner Ensemble, la negación de ese brechtismo afectado y cerebral de cuantos han hecho del gran dramaturgo alemán una especie de matemático de la estética. Ricardo Salvat, siguiendo el magisterio del Berliner, no ha caído en la trampa. Los textos de Salvador Espriu —la mayor parte, ya existentes; otros, escritos expresos para «Ronda de mort»— le daban una base viva, de gran riqueza literaria (en el sentido expresivo y no simplemente purista o arcaico; Espriu es un creador de lenguaje) y ejemplar armonía liriconarrativa, esto último en tanto que el autor, por decisión poética y como medio defensivo, ha sabido expresar su problemática más íntima a través de dramas y narraciones aparentemente situados en un tiempo y una geografía que no son los suyos. Es el caso de su extraordinaria «Primera historia de Esther» y de «Antígonas», obra esta última traducida al castellano e incluso representada en Madrid por algún grupo universitario.

Salvat, que ha pasado una larga temporada en Alemania y conoce una serie de concreciones de la teoría brechtiana —fundamentalmente, el Berliner Ensemble— imprimió en la misma médula de la Escuela Adriá Gual, que él fundó y dirige, la preocupación por el teatro épico. Con toda la secuela que ello comporta, desde la formación del actor al concepto de escenografía y luminotecnia, partiendo de la nueva configuración de los textos y su integración en la unidad total del espectáculo.

Una representación de la antología poética de José María Castellet dio la pauta de los criterios y posibilidades experimentales de Ricardo Salvat, sus colaboradores —entre los que debe señalarse a María Aurelia Capmany— y alumnos. Luego, el trabajo de este tipo pareció quedar centrado sobre la obra de Salvador Espriu —«La gent de Sineras», «La pell de brau»—, teatralizando el verso o la novela dialogada. Hasta llegar a la experiencia fundamental de «Ronda de mort a Sineras», donde no se trata ya de levantar un teatro épico sobre la base de un texto concreto y preexistente, sino de abrir una auténtica investigación sobre toda la producción del autor, hasta hacer del espectáculo un acto de creación radical en el que Salvador Espriu y Ricardo Salvat son —el uno como escritor y el otro como realizador— auténticos coautores.

«Ronda de mort a Sineras» es, todavía, una representación de texto mudable y corregible. Es una realidad teatral que se está haciendo a sí misma, que crea un ritmo y afronta su riesgo cada vez que se alza el telón. Es probable que este margen de mutabilidad se conserve, por más representaciones que se hagan y más éxitos que se alcancen. Un valor consustancial a este gran espectáculo de la Adriá Gual es la superación del automatismo, la conciliación de la perfección con ese margen de creación vital contenido en cada representación.

Ya hablaba antes de las raíces en las que encuentran los actores un estímulo radical de sus fuerzas e ideas. Con todo, «Ronda de mort a Sineras», es, por su particular estructura y su nacimiento escénico —su hacerse a los ojos del público—, un fenómeno teatral al que le cuadra perfectamente ese margen de experimentalismo implicado en la provisionalidad de los textos. Siempre recordaré, en este orden, a «Qué bonita es la guerra!», el extraordinario espectáculo crítico de Joan Littlewood, sometido diariamente a ensayos y correcciones, aun meses después de llenar los teatros de París y Londres...

Quedo todavía un punto básico en la estimación del gran espectáculo: su significación crítica, su subyacente denuncia —problematizada, dramática, nunca lineal, asentada en la personalidad antiesquemática y antidogmática de Salvador Espriu— de las enfermedades colectivas de España, y sus profundas incitaciones a una auténtica y humanista paz. En esto Espriu es un noventayochista, que mezcla al esperpento vollenclanesco el lirismo y el amor a lo próximo y lo menudo de los grandes autores catalanes.

«Ronda de mort a Sineras» ha sido, en el Nacional de Cámara y Ensayo, uno de los grandes acontecimientos de la vida teatral madrileña de toda la temporada. Los aplausos incansables del público, y las palabras de Ricardo Salvat en la noche del estreno, completaron uno de los hechos teatrales más maduros, civilizados y dignificadores que yo recuerdo.

Esta vez el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo fue rigurosamente fiel al sustantivo y a cada uno de sus adjetivos.

J. M.